

BIBLIOGRAFIA

JOSE M. DE BARANDIARAN. *Mitología vasca*. Biblioteca Vasca, V. Ediciones Minotauro. Madrid, 1960.

Este volumen, precioso en su brevedad, constituye en primer lugar un merecido homenaje, anticipo del que se le está preparando en Bilbao, al investigador ejemplar que sigue ahondando sin descanso en el conocimiento de nuestra prehistoria y de nuestra cultura popular. Es además para el lector un verdadero regalo, pues gracias a él podemos disponer de una síntesis puesta al día de lo que el autor ha dado a conocer en muy diversos trabajos, algunos ya antiguos y no siempre de fácil consulta. Este libro es el complemento indispensable del manual claro y nutrido dedicado a la prehistoria de nuestro país que publicó primero Zabalkundea en San Sebastián y apareció después, en una edición enteramente reformada, en la Editorial Ekin de Buenos Aires.

Los dos capítulos centrales, titulados "La magia" y "Los mitos", van precedidos de una interesante introducción y de un epílogo que es un modelo de fría objetividad. A pesar del carácter de manual que tiene la obra, el autor da en todo momento, con muy buen acuerdo, la indicación precisa de los materiales publicados en que basa sus afirmaciones. Varios índices facilitan el manejo del libro: un índice analítico, debido a don Julio Caro Baroja, uno de genios, númenes y divinidades y otro de personas y cosas.

Para quien conozca la obra del Sr. Barandiarán no es necesario advertir que no es ésta una mera reimpresión de trabajos ya publicados. Como en todo lo que sale de sus manos, son visibles las huellas de la reelaboración dentro de la evolución ya conocida de su pensamiento que le lleva a exposiciones cada vez ceñidas a los hechos y más despojadas de todo aparato teórico.

Me permitiré algunas observaciones, desde mi punto de vista muy limitado. El autor sigue la práctica, que me parece buena en principio, de citar los nombres vascos sin artículo: **ekhi**, **illargi**, etc. La práctica tiene, sin embargo, dos defectos. No es sencillo siempre, en primer lugar, deducir sin error el tema a partir de la forma provista de artículo y, en segundo, este modo de citar encubre una diferencia que me parece esencial: no se puede saber, cuando no se menciona alguna frase, si el nombre es propio —es decir, si se usa habitualmente sin artículo— o no. Por ejemplo, **odei** "nube (tormentosa), tormenta, trueno" es siempre **odeia**, con lo que su carácter personal queda muy disminuído, **tartalo** es **tartaloa** "el tártaro" y **alarabi** (véase p. ej. W. Rollo, **The Basque Dialect of Marquina**) **alarabee** "el alárabe". El autor mismo señala esto en una ocasión, a pro-

pósito de **sorgin** (p. 139, n. 24): "es rara vez nombre propio de un genio determinado; casi siempre es nombre genérico..."

A propósito del nombre con que son designadas las brujas, se dice en la p. 74: "Otro es **SORSAIN**, que significa guardián del nacimiento, sin duda porque es el genio que preside los nacimientos de los niños. También vela con mucho celo porque la creencia en su existencia se conserve en el pueblo, castigando severamente a quienes la niegan".

Sería del mayor interés conocer qué base popular moderna tiene este personaje, pues el autor no la menciona. Para mí **sorzain**, en ortografía actual, es una palabra que Oihenart utilizó una vez en sus poesías y explicó después como palabra rara procedente de la Alta Soule: "La nature ou l'esprit qui preside à la naissance des enfans". Azkue, no se sabe bien con qué fundamento, califica esta palabra de término bajo-navarro arcaico que significa "partera", aunque copia a continuación la definición de Oihenart. De aquí que al reproducir s.v. **sorzain** la estrofa del sultino le diera esta pintoresca traducción: "de talle ajustado, inquieta, la partera al tomarla entre las manos, cuando nació, supo a qué atenerse". Para juzgar de su corrección, aun sin conocer el texto vasco, basta compararla con la versión de R. Lafon: "Elle est de taille bien proportionnée, car l'esprit qui préside à la naissance des enfants a pris l'aune dans ses mains en la faisant, et a su ainsi où s'arrêter". El juego de palabras entre **bara** (= **kana**) "vara" y **bara** "detenerse" salta a la vista.

En la p. 120 y ss., mientras la realidad del ant. **or(t)zi** relacionado con el cielo es evidente, me parece extremadamente dudosa la existencia de un **in-** de valor análogo. Varios de los nombres citados de "rayo, relámpago" tienen antiguamente en todas partes un elemento inicial **oin-**, **oñ-**, nunca **in-**, y el nombre vizcaíno del "granizo" presenta **lin-** junto a **in-**.

L. M.

FAUSTO AROCENA. *Garibay*. Editorial Icharopena. Zarauz, 1960.

La biografía de Esteban de Garibay no es empresa fácil si, como es natural, además de tratar en ella del hombre y de su vida ha de glosarse también su obra, por muy sucintamente que sea. Aunque a un lado están sus "Memorias", claras y concisas, que constituyen un valiosísimo material para presentar al hombre y reconstruir su vida, de otro lado está su obra copiosísima, capaz de enturbiar el juicio de cualquiera. Y, como si fuera poco, aún queda el alma errante del inquieto mondragonés, para confundir al más seguro de sí.

Pero Arocena no es hombre a quien inquieten las dificultades siempre que se presenten en el campo de la Historia y dentro del marco de Guipúzcoa. Claro que Garibay rebasa en mucho, tanto por su vida inquieta y andariega, como por su obra, de ámbito nacional, y mucho más por su famosa "alma", el marco de la provincia. Pero como nació y vivió en ella buena parte de su vida y era guipuzcoano por esencia y potencia, Arocena tenía que seguirle aunque fuera por las nubes inaccesibles de la estratosfera.

No quiere esto decir que Arocena haya echado la pluma al aire, para darle libertad de vuelo, que no es escritor dado a fantasías, sino siempre fiel y leal al documento. Y en esta ocasión no podía proceder de otra manera, por errante que anduviera el "alma" de su biografiado. Y, en

efecto, en el primer capítulo sigue la vida del autor del Compendio Histórico, a través de sus propias "Memorias", que es la mejor manera de caminar con paso firme. En el segundo, hace un itinerario geográfico de sus diversos viajes, jalonándolos de año en año, para mayor precisión, señalando la razón de los mismos y recogiendo las observaciones que las poblaciones visitadas sugirieron al viajero o los acontecimientos que en ellas presencié. Es una manera excelente de completar su vida, rodeándola de sus circunstancias. En el tercero, el más difícil sin duda, hace la crítica de su obra. Pero por muchas que sean las dificultades es precisamente donde Arocena puede desenvolverse con mayor seguridad, pues es su propio terreno. Pero el Cronista de la provincia no ha querido darnos su propio juicio, sin que lo haya huído, claro está, sino el que mereció a los historiadores que le siguieron con lo que, consigue darnos de su obra y de su proyección en la Historia y en la crítica, una visión mucho más completa. Es a mi juicio, un capítulo excelente, modelo en su género, pues no es sólo una historia de la crítica sino también, una crítica de la crítica, aunque hecha, como es habitual en Arocena, con gran respeto y prudencia.

En el cuarto capítulo, nos ofrece una relación, que estoy seguro será exhaustiva de la obra impresa y manuscrita del ilustre mondragonés, lo que da a la biografía indudable valor.

La obra, bien impresa y presentada, está enriquecida por unas curiosas ilustraciones, las correspondientes notas, muy importantes muchas de ellas, y un índice de personas y lugares. En fin, un libro excelente.

M. C.-G.

KARL BOUDA. Introducción a la lingüística caucásica. Acta Salamanticensia, Filosofía y Letras, tomo XV, núm. 1. Universidad de Salamanca, 1960.

Esta obra, cuya edición ha sido subvencionada por la Cátedra Manuel de Larramendi, representa algo excepcional en España, que no sé si tiene otro paralelo que el del volumen dedicado al persa antiguo en el **Manual de lingüística indoeuropea**. Se trata, sí, de una traducción, pero de una traducción publicada cuando el original alemán sigue inédito. Constituye, casi no es necesario decirlo, una muestra de los afortunados esfuerzos de don Antonio Tovar por elevar el nivel y la amplitud de los estudios lingüísticos españoles.

El profesor Bouda, "investigador universal y crítico", como le llamó en una ocasión Uhlenbeck, no necesita presentación y en ningún lugar la necesita menos que ante los lectores de este BOLETIN, del que es asiduo colaborador. Es merecidamente famosa su experiencia lingüística, auténticamente excepcional, tanto por la amplitud como por la profundidad de sus conocimientos. Y es sabido también que, entre tantos dominios bien conocidos y mal conocidos, el laberinto de las lenguas del Cáucaso es uno de los que más frecuentemente han tentado su curiosidad y su penetración. El libro que presento es, pues, una obra de primera mano que muy pocos lingüistas podrían hoy escribir.

Aunque el autor es un comparatista, se ha atenido aquí casi exclusivamente a la descripción, actitud prudente dado el carácter del libro: el profesor Bouda era tan competente como el primero para dar un re-

sumen de los resultados obtenidos hasta ahora por la comparación —nada despreciables, aunque acaso no tan importantes como debieran ser—, pero el lector interesado encontrará un guía seguro en la nutrida y ordenada bibliografía que aquí se cita. No estará de más recordar que una buena iniciación a estos problemas se encuentra en los **Etudes basques et caucasiqnes** (1952) del profesor R. Lafon, publicados también en Salamanca.

El presente libro contiene indicaciones precisas y completas dentro de su brevedad acerca de la difusión geográfica, número de hablantes y, en cuanto es posible, la historia de cada una de las lenguas llamadas caucásicas. Ofrece, por otro lado y esta es la parte más importante del libro, textos bastante extensos de muchas de las lenguas consideradas (abjaz, circasiano, chechen, ingush, avar, dargva, lakk, küri, tabasaran y georgiano), acompañados de traducción interlinear, notas y de una versión corriente. Tres apartados dedicados a los rasgos fundamentales de cada uno de los tres grupos en que el autor ha dividido las lenguas presentadas (lenguas del noroeste, del nordeste —incluido el grupo central— y del sur), extremadamente ricos en su concisión, facilitan al lector una orientación general.

Alguna vez el lector no habituado a enfrentarse con estructuras lingüísticas variadas y poco familiares desearía acaso aclaraciones más amplias, pero su brevedad está determinada por el volumen del libro (90 páginas, incluidos los índices). Se echa también de menos un mapa, detalle en el que el autor no ha tenido la más mínima culpa. Las indicaciones geográficas que se dan en el texto son por otra parte tan precisas que nadie encontrará dificultad en situarlas con la ayuda de un buen atlas.

Soy la persona menos indicada para dar un juicio acerca de la traducción. Aprovecho, sin embargo, esta ocasión para corregir alguna de las erratas, según indicación del autor: léase **Abhandlungen** (p. 8, línea 9), **mot** (p. 48, l. 6), **Morpheme** (p. 87, l. 13 desde abajo), **raíces** (p. 88, l. 4). Por un error de traducción, el diccionario de I. Nizeradze, aparece citado en la p. 79 como **svano-ruso**, en vez de **ruso-svano**. Añádase finalmente al apéndice bibliográfico de la p. 88 la siguiente indicación: S. I. Mikailov, **Ocerki avarskoj dialektologii** (Apuntes de dialectología avar), Moscú 1959.

Quiero para terminar recomendar este manual a la atención de todos los que se interesan por la prehistoria de la lengua vasca. Como en varias ocasiones he hecho comentarios no demasiado favorables acerca del valor probativo de las demostraciones de los vasco-caucásicos, tengo que precisar que éste sigue siendo, dentro de lo disponible que no es demasiado, uno de los campos más favorables para la comparación extra-vasca. En todo caso tenemos la obligación de seguir, aunque sea de lejos, los progresos en el estudio de esas lenguas.

L. M.

MARIANO CIRIQUIAIN-GAIZTARRO. *El pobre multimillonario.*
Zarauz, 1960.

Ciriquiain-Gaiztarro no es un primerizo en el alumbramiento de novelas. A esta que ahora ha lanzado a la voracidad —y conste que voraci-

dad no es en este caso un tópico—de sus lectores le precedió nada menos que en veinticinco años otra que nació tan robusta, que hubiese dado mucho quehacer en el ruedo de las letras literarias. "La Leyenda del Pirata" ha sido calificada de "El Quijote del mar" con estimación tan elocuente como justa.

El autor, que más que amigo es novio del mar, abordó allí el tema que le ha consagrado como especialista hasta el punto de que uno de sus hijos, no mal dotado para las letras, se firmó **El hijo de Neptuno**, dando así a su progenitor el apelativo que mejor le conviene.

Pero en esta novela de ahora ha dado el autor un viaje a su navegación y ha hecho varar su nave en un puerto tan conectado con el mar como vinculado al mundo de los negocios.

Resulta así que el especialista del mar se nos presenta también como especialista de las finanzas, es decir, como especialista de todo eso que nadie entiende, porque se da la circunstancia de que muchos de sus mejores técnicos han conocido en su propia carne la herida de la quiebra y de la derrota.

En "El pobre multimillonario" hay, como acaba de decírnoslo Ignacio Zumalde, marionetas; pero hay también, como él mismo añade, personajes a quienes sólo les falta la carne y el hueso para moverse entre nuestras vidas. Domina, claro está, la marioneta Laraya, cuyos hilos maneja ese buen novelista que accedió hasta la cima de un premio nacional de novela. Laraya es efectivamente una caricatura, pero tan llena de humanidad, que llegamos a olvidarnos de los hilos que mueven el personaje.

La trama es quimérica, pero no absurda. Todo lo que aparece narrado entra dentro del campo de lo verosímil, mejor dicho, dentro del campo de la realidad. Porque la verdad es que todos estamos enterados de que los negocios se montan sobre la nada y sobre la ficción. Ficción es en muchos casos el crédito y ficción que, como todos los pecados de engaño, bordea el camino del delito, de ese delito financiero a que ha aludido agudamente Carlos Santamaría.

Novela ésta de Ciriquiain que ha de hacer reír a muchos; pero que debe hacer también llorar a algunos con llanto de remordimiento.

Ha surgido el Quijote de las finanzas.

F. A.

GREGORIO DE ALTUBE. *Poliorama del San Fermín*. Pamplona, 1960.

Gregorio de Altube habla y escribe, es decir, primero habla y después escribe. Esto necesita una explicación, porque le suele pasar al auditor, al escucharle, que queda maravillado de la espontaneidad y jugosidad que advierte en este ingenioso malabarista de la oratoria que es Altube, poseído de sorprendentes aptitudes y actitudes escénicas. Y, por el contrario, le suele pasar al lector, al leerle, que, viendo lo alambicado de la frase y lo conceptuoso del razonamiento, piensa que el texto es poco espontáneo. La verdad de todo ello queda captada por quienes saboreamos el placer de dialogar con él en algunas de esas tertulias a que acostumbra concurrir. Nos ponemos todos de la parte del "auditor", es decir, de la parte de quien cree en la espontaneidad y la jugosidad de sus

piezas orales, porque lo cierto es que en la intimidad habla **igual-igual** que en el escenario.

De las Fiestas de San Fermín trata con la originalidad a que nos tiene habituados: paradojas, malabarismos, pinceladas impresionistas, todo ello al servicio de una felicísima interpretación de eso tan embarullado que son las cataratas festivas de nuestros amigos de Pamplona, con quienes se entreveran cada vez más numerosos los extranjeros que quieren ser no sólo visores, sino también actores del barullo.

F. A.

A. GRIERA. *Vocabulario vasco (Ensayo de una interpretación de la lengua vasca, I (aaide-llüstro), II (ma-zuzun)*. Instituto Internacional de Cultura Románica, Abadía de San Cugat del Vallés, 1960.

Tengo ante mí los dos gruesos y hermosos volúmenes en que Mons. Griera propone una interpretación, definitiva a su juicio, de la lengua vasca. La fama —una fama poco común en esta clase de obras, cuyo interés suele quedar encerrado en un estrecho círculo erudito—, me había llegado antes que el libro, por obra de comentarios aparecidos en la prensa diaria. Sólo quienes conocemos a Mons. Griera podemos apreciar hasta qué punto ha debido ser molesta para su modestia esta publicidad.

Se ha comparado con el de una bomba, por los acostumbrados excesos del lenguaje periodístico, el efecto que se esperaba de este libro. Y, sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido desde su aparición, no parece que sus presuntos resultados destructivos se manifiesten en parte alguna, ni siquiera en ese mundo más bien abstracto y fantasmal de las ideas y de las teorías. La amable sonrisa que ha provocado en el eminente romanista Gerhard Rohlfs (*Scienza nuova ou décadence linguistique? Lettre persane*, Tübingen 1960), por ejemplo, no ha podido ser producida por la contemplación de una catástrofe. Si se trata de una bomba, habrá que pensar —para usar una metáfora ya anticuada— que estaba cargada con pólvora mojada.

En realidad, antes que de una bomba se trata de una serpiente de mar. Como el obispo Pontoppidan de Bergen, Mons. Griera no ha perdido la fe en estos animales tan espantosos como mal identificados. No es, pues, extraño que haya encontrado eco entre los periodistas que, sobre todo durante el estiaje de noticias, suelen mostrarse creyentes, sinceros o interesados, en la existencia de cualquier monstruo, marítimo o terrestre.

Mons. Griera posee una serpiente particular, que persigue por los siete mares. A sus ojos, como se sabe, la lengua vasca, que por lo general es considerada aislada o sólo lejanamente emparentada con lenguas también lejanas, no es otra cosa que un dialecto románico, una forma moderna del latín. Hasta se diría, apurando un poco su argumentación, que en su fondo más antiguo no es otra cosa que un dialecto catalán, no se sabe bien —porque esto no está dilucidado— si oriental u occidental.

La primera aparición de la serpiente data de años bastante anteriores a nuestra guerra o, si se prefiere, es entonces cuando estallan las primeras bombas, ya que por aquella época el explosivo, en lugar de estar concentrado en dos macizos volúmenes, iba distribuido en artículos y co-

municaciones de aire más liviano: véase por ejemplo "Els noms vascos dels mesos de l'any" en *ZRPh* 47 (1928), p. 102 ss. No es fácil hoy juzgar de su efecto, porque es rarísima la mención, si alguna existe, que alcanzaron en libros o revistas, y la prensa diaria no llegó a enterarse de su existencia.

La serpiente, que no dejó de asomar entretanto la cabeza, reaparece en 1958, precedida de trompeteo periodístico, en una comunicación dirigida al Congreso de Oslo y publicada en *Proceedings of the Eighth International Congress of Linguists*, 1958, p. 614-616. No faltaban allí romanistas, ni siquiera vascólogos, competentes para juzgar del valor de una tesis tan sorprendente: por lo que dicen las actas, sin embargo, nadie la discutió, tal vez por la terca resistencia que siempre opone la inercia a los grandes descubrimientos. No me extraña, porque tengo que confesar que yo mismo, al cumplir con gusto este deber de cortesía, tengo la clara sensación de estar haciendo algo que no debería hacer.

Lo dicho basta para mostrar que este extenso **Vocabulario vasco**, publicado en 1960, no encierra ninguna novedad, por lo que nadie un poco al corriente de las cosas va a escandalizarse de su audacia. Hace también sospechar que su suerte no va a ser muy distinta de la de los ensayos que le han precedido. Pesa sobre el autor una rara fatalidad, sobre cuyas causas valdría la pena de meditar detenidamente: sus ideas son al parecer recogidas con avidez por los periodistas y silenciadas por los especialistas, exactamente al contrario de lo que suele ocurrir con los trabajos de sus colegas. Si este silencio —y aquel eco— está justificado, es otra cuestión.

Ciertas deficiencias evidentes hablan desde el primer momento en contra del libro. En él, al revés de lo que se nos promete en la introducción, no hay ni cultura material ni tradiciones ni historia: no hay más que palabras. Palabras tomadas de un fuente única —el Diccionario de Azkue—, copiadas con gran lujo de erratas y cuyos sentidos se han resumido no sin arbitrariedad. Lo más sorprendente es que Mons. Griera, el adelantado de la geografía lingüística en España, no se cuida de señalar la distribución dialectal de las voces. Porque no es cierta su afirmación de que Azkue "no localiza las palabras" (p. VII): su difusión, aunque naturalmente sin errores e imprecisiones, está indicada siempre y a veces hasta con minuciosidad.

Uno no puede menos de pensar, por otra parte, que el autor se ha propuesto, en varios sentidos, una empresa demasiado ambiciosa. Quiere explicar por el latín, mezclado de una manera chocante con los romances, la totalidad del léxico y hasta de la gramática vasca, y explicarla sin dejar residuo, cuando nadie ha pretendido hasta ahora —salvo algún optimista incorregible— proponer etimologías indoeuropeas para todas las palabras del griego o del latín o hallar en éste el antecedente de todo el vocabulario castellano o catalán. A nadie sorprenderá, pues, que Mons. Griera haya logrado la auténtica hazaña de encontrar buenas etimologías de palabras que propiamente nunca han existido: **aitor**, **arnari**, **lausku** "bizco", **sorbo** "cuerno", etc. Azkue, aunque competente en grado sumo, no era ni podía ser infalible.

La misma disposición del libro, en su desmesura, no ha podido parecer aconsejable más que a papeleros e impresores sobrados de existencias y escasos de trabajo. Bastaba evidentemente con explicar las pala-

bras simples y los sufijos de derivación, en vez de lo cual se ha emprendido la tarea de aclarar todo el léxico palabra por palabra, incluidos derivados, compuestos y variantes dialectales. De aquí los errores, hijos inevitables de la prodigalidad: se atribuye origen distinto a formas apenas diferentes de la misma palabra o a distintas apariciones de un mismo elemento. Así el lector queda en libertad de pensar que **vasc. seme** "hijo" viene de **semen**, de **homo** y hasta de **simius**, o que **al(h)aba** "hija" (escrito **alaaba**, no se sabe por qué) procede de **ama**, de **amata** e incluso de **pava**.

Alguna muestra, entresacada de un número ilimitado de otras parecidas, bastará para juzgar de la calidad de muchas de las etimologías propuestas. Ya ha sido comentada la que pone en el latín **populus** el origen del vasco **(h)erri**. Es verdad que **(h)erri** en sus empleos más antiguos y extendidos significa "tierra, país", algo completamente distinto de "conjunto de ciudadanos" ("pueblo, conjunto de personas" se dice casualmente **populu** en algunas zonas vascas), pero no vamos a detenernos en esta pequeñez: la diferencia de valores no es mayor que la que hay entre **nor?** "¿quién?" y **nullus** "ninguno", que sólo tiene paralelo en el conocido episodio de Ulises con el Cíclope. Tampoco insistiré en la rareza de los cambios fonéticos supuestos, pues no son imposibles y hago gracia al lector de los inevitables ejemplos armenios. Lo malo de estos cambios está en que han sido arbitrados **ad hoc**, para explicar precisamente esa palabra, lo cual no es obstáculo para que se introduzcan otros diferentes para explicar otras voces. Enzarsarse con Mons. Griera en el juego de las etimologías es como enfrentarse al ajedrez con un adversario que tenga la desconcertante costumbre de mover cuando le conviene los alfiles como caballos o de desplazar su rey varias casillas para huir del mate inevitable. La partida resulta sorprendente por su novedad, pero pierde todo interés al cabo de pocas jugadas.

Ya se ha apuntado que alguna de las etimologías resulta pintoresca por razones semánticas. Ninguna más que la de **al(h)aba**: "La mujer es una **andera** la cabra (**sic**); el hombre un **gizon** bisonte: la hija puede muy bien ser una **pava**". ¿Por qué no, si el hijo puede ser un simio? Conmueve ver a nuestros antepasados en una comunión tan franciscana con el reino animal, aunque el hogar vasco visto por Griera recuerde mucho más a los inquilinos del arca de Noé (planta baja) que a la Sagrada Familia, pero los aficionados a las bromas podrán tomar pie de pasajes de este género para chistes demasiado fáciles y no del todo faltos de gracia. De tener que buscar un precursor de este estilo de etimologizar, no se ofrece paralelo mejor que el de nuestro gran Larramendi. Sólo que éste cometía el pecado de no tomar en serio sus propias ocurrencias, tan estupidas como extravagantes.

Queda por mencionar una última objeción, la más grave de todas, aunque el autor no se haya percatado de su posibilidad. Demos por demostrada la filiación latina del vascuence, aunque no sin usar tolerancias abusivas: si **eipe** procede de **lei** (de **leisa**) más **pede** o alternatively de **atrium**, si **gau** "noche" (traducido "día" en la p. VIII, sin duda para simplificar las cosas) lo mismo puede venir de **nocte** que de **diuznu**, se piensa que con métodos tan potentes es hacedero probar que el vascuence es hermano gemelo del chukchi o del potawatomi. Lo que no se ha pensado es que, si el vasco es una forma moderna del latín, es también un testigo para la reconstrucción de éste, un testigo tan autorizado (recuérdese

el caso de las lenguas indoeuropeas de Anatolia) como cualquiera de los romances, grandes o pequeños.

¡Qué latín nos descubre su testimonio! Prescindo de las erratas evidentes y hasta de los engendros que sin asterisco hormiguean por todas las páginas: en la familia de **pasco** figuran por lo menos **pascaceu, pascalotu, pascanu, pascatu, pastariu** y **pasterata**; al menos ***pascataione** (s.v. **askatasun**) no está privado de ese adorno. Un latín en el que "helechal" se designe por **filice-terra** o "nalga" por **merda-mamma**, que yuxtaponga **novella** a **novellus** o admita combinaciones por el estilo de **speracare, per-en-ad, genitus-lacte-bal** o **vercia-troncho-el** (!!!) es algo que no puede ser llamado latín ni siquiera con la más exorbitante de las licencias poéticas: **aegri somnia** llamó Horacio a las pesadillas de ese género.

En resumen, Mons. Griera no ha explicado el vasco más que al precio de convertir el latín en una jerga de orates. El precio es demasiado elevado y pocos se decidirán a pagarlo. Se pueden —es casi costumbre— tomar libertades con la lengua vasca: hasta se puede hacer sin saberla un diccionario etimológico vasco. No así con el latín, aunque sólo sea porque en él escribieron Cicerón y San Agustín y porque es muy bien conocido. Al menos se supone que los romanistas, ya que no los vascólogos, lo conocen por definición.

Algunas palabras del prólogo (p. VI s.) explican sin duda muchas de las particularidades comentadas: "Para buscar una interpretación de la lengua vasca, he prescindido de todos los estudios e investigaciones hechas sobre esta lengua; también he hecho caso omiso de todos los tratados gramaticales, estructurados de manera diversa. Como el joven David, equipado solamente con mi bagaje de romanista, concedor de la lengua y de la cultura pirenaica, a cuyos dominios pertenece la lengua vasca, he emprendido buscar los orígenes de esta lengua".

Por digna que sea de elogio la franqueza ibérica de esta declaración de individualismo, el procedimiento no resulta demasiado recomendable. Hace mucho que la investigación dejó de ser, si alguna vez lo ha sido, obra particular en la que uno puede pasar por alto la labor de sus prójimos; hace mucho también que la honda no figura entre las armas más eficaces. Un catalán eminente, don Juan Corominas, ha llevado solo a buen fin recientemente un trabajo gigantesco, pero se ha cuidado mucho de cerrar los oídos a las opiniones de los demás.

Muchos convendremos en que la obra que reseño, salvadas algunas sugerencias acertadas, no es más que un pecado venial (no más leve en todo caso que **El enigma del vascuence ante las lenguas indoeuropeas** de F. Castro Guisasola) que es mejor olvidar y que en nada empaña los méritos de Mons. Griera en el campo de la dialectología románica. A Newton, al fin y al cabo, no le acompañó tampoco la fortuna como intérprete de las Sagradas Escrituras. El pecado es particularmente excusable para los vascos, como nacido del cariño hacia nuestra lengua y nuestras cosas en general.

LUIS MICHELENA. *Historia de la Literatura Vasca*. Minotauro. Madrid, 1960.

Aunque el autor, siempre cargado de reservas como corresponde a un especialista tan autorizado, eche por delante que él no se profesa de literato sino de lingüista, la verdad es que quienes nos recreamos con su buenísima prosa en las páginas de EGAN, aunque admitamos plenamente su calidad de lingüista, no estamos dispuestos a minimizar su condición evidente de literato. Así es que bien está como historiador de la literatura vasca quien es por sus propios méritos Director del Seminario de Filología Vasca "Julio de Urquijo", que por algo se llamará de Filología y no de Lingüística.

Michelena es crítico, como es crítico, aunque no quiera serlo, todo el que sabe. Pero obsérvese que, así como es crítico de una pieza, lo es con la cautela que le exige su cientifismo y con la corrección que le comunica su delicadeza. Con esto y con decir además que sabe jerarquizar muy bien los asuntos enjuiciables, al mismo tiempo que habremos alejado de él todo designio cominero, le habremos situado en el lugar que le corresponde.

Con ese bagaje tan bien equipado se presenta ahora a trazar la historia del cultivo literario de su idioma. Realmente su operación se desarrolla casi sobre una tabla rasa en la que nada había escrito. Pero esta afirmación no puede ser aceptada en términos absolutos, ya que circulan por ahí pequeñas historias de la literatura vasca, cuyos autores, Lafitte, Leizaola, Mourlane Michelena, Allende-Salazar y Ormaechea, han ofrecido a la voracidad intelectual sus productos en forma mínima de píldoras.

Como es natural, nuestros clásicos, Dechepare, Leizarraga y Axular, se llevan la palma de los agudos comentarios de Michelena; pero no se despiden de vacío otros **doi minores**, entre los que cabe destacar a los dos Etcheberri (convergentes en el doctorado, pero divergentes en el ministerio), Gasteluzar y Mendiburu, entre los más alejados, y Moguel, Iztueta, Etchahun, Elissamburu y Vilinch, entre los recientes. Hay también, claro está, la mención seguida del adjetivo definidor (en cuyo empleo es maestro Michelena) de los recentísimos a quienes sólo puede administrarse, por razones de espacio y de falta de perspectiva, ese tratamiento de usura. Lizardi y Orixe constituyen una excepción ineludible.

Aunque únicamente pueden considerarse como literatos en cuanto son impulsores de la obra literaria, figuran también, en las páginas de Michelena, Humboldt, Astarloa y Bonaparte. Y ese es también el sentido de la presencia en esta historia literaria de Larramendi, una de las filias del autor, filia por lo demás muy justificada. Porque éste ocupa un lugar de preferencia, no precisamente por su directa dedicación literaria, aunque corra por ahí una pieza suya que dista mucho de ser deleznable, sino por su arrolladora influencia en todos nuestros aspectos culturales.

Se ha dejado en esta reseña para el final lo que el autor, con muy buen acuerdo, hace figurar al principio de su libro, es decir, su interpretación y enjuiciamiento de la literatura popular: las Pastorales y el bersolarismo. Para él se trata de manifestaciones que llegan a alcanzar evidente categoría, aunque algunos, guiados por una preceptiva llena de limitaciones y por una función de guardadores de la "sacrosanta pureza del idioma", no hayan querido entenderlo así.

Porque lo cierto es que Michelena, cuya maestría ha llegado ya a ser un lugar común, con toda la verdad que encierran en sí los lugares comunes, es quizá por lo mismo un auténtico campeón de la objetividad. Sus expresiones del prólogo no dejan lugar a duda. Para él "la verdad, en la medida que uno pueda llegar a ella, es siempre más saludable, aunque no más agradable, que los pretextos rebuscados para consuelo del amor propio". Y eso constituye una verdadera declaración de principios que todos deberíamos aceptar.

El autor me señala para su corrección algunos detalles. Por un grave desliz de imprenta, la **Doctrina cristiana** de Betolaza, que es de 1596, aparece fechada en 1656, año que corresponde al catecismo de Capanaga reseñado unas líneas más abajo en la p. 62. Los versos atribuidos a Etxeberri en la p. 16 son en realidad de Clavería, como ha establecido A. Irigaray. Entre las historias de la literatura vasca reseñadas en la p. 166 falta "Littérature basque" de René Lafon, en **Histoire des littératures** III, p. 1530-1543, **Encyclopédie de la Pléiade**, París 1958. Hay un cierto número de erratas que, aunque molestas, el lector advertido podrá fácilmente subsanar.

F. A.

JOSE MIGUEL DE BARANDIARAN y MARIO GRANDE. *Excavaciones en Sagastigorri (Cortézubi)*. Editado por el Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Excma. Diputación de Vizcaya. Bilbao, 1959. 28 págs. con 14 figs.

Vemos con satisfacción en la provincia de Vizcaya los trabajos de excavación, gracias a la intervención de don José Miguel de Barandiarán.

La publicación que nos ocupa, es el resultado de las dos campañas de excavaciones realizadas en la Cueva de Sagastigorri, durante el año 1958.

De ella se deduce que la cueva ha tenido un doble uso, sepulcral y de habitación. Los restos humanos aparecieron en superficie o en tierra removida, en conexión con restos de cerámica **sigillata** y monedas. Los restos de habitantes han sido cuidadosamente estudiados, denunciando la siguiente secuencia cronológica: una primera capa de 10 cm. de espesor, con restos de mariscos y cerámica de diversos tipos, fina, con superficie estriada, tosca y del tipo sigillata. Una segunda capa, de 10 cm., con fragmentos cerámicos en general toscos, restos de fauna y una punta de flecha de sílex, de talla bifacial con aletas y pedúnculo. Tras una capa de estalagmita de 9 a 10 cm. hay una capa de arcilla rojiza con restos de cerámica tosca, con desgrasante calizo muy patente, y restos de fauna, sobre todo mariscos. La cerámica **sigillata**, al parecer de tipo hispánico, y el conjunto de monedas, algunas de ellas identificadas como de época de Constante I (340-350 d. JC.) y de Constancio (337-361), demuestran que la cueva ha sido habitada o frecuentada en época del Bajo Imperio Romano. La cerámica tosca, con decoración en relieve, de la segunda capa, se sitúa en la edad del Hierro. La punta de flecha citada, aunque tipológicamente sería anterior, por sí sola no permite hacer más deducciones sobre una etapa de la edad del Bronce.

El estudio de este nuevo yacimiento vizcaíno es de gran interés como continuación de los trabajos realizados anteriormente en la cercana

Cueva de Santimamiñe, por Aranzadi, Eguren y Barandiarán, y sobre todo amplía el conocimiento arqueológico de la zona, completando los datos proporcionados por los niveles superiores de Santimamiñe, en lo que a época romana se refiere.

Ana María MUÑOZ AMILIBIA

IGNACIO ZUMALDE. *Historia de Oñate.* Publicaciones de la Excelentísima Diputación de Guipúzcoa. San Sebastián, 1957.

a) Hemos recibido un hermoso volumen escrito por Ignacio Zumalde, editado por la Diputación de Guipúzcoa y tirado en su propia imprenta en Donostia en 1957. Tiene 694 páginas y su título es HISTORIA DE OÑATE.

Trae como presentación un prólogo muy bien escrito (nunca supo hacerlo mal) del Sr. Fausto Arocena, Jefe del Archivo de la Diputación y su amable donante para mí. Aporta un índice analítico de 25 páginas y 18 ilustraciones y se presenta muy bien editada esta obra, a la que precedió una proficua labor de artículos sobre el tema, con la creación y dirección de la revista OÑATE, que apareció diversos años, muy bien llevada.

Con esa labor previa, se comprende que ganara en buena lid el primer premio en un concurso de monografías locales, donde los otros concursantes no eran mancos. La obra está muy bien escrita y sobre todo es muy tersa y clara.

A pesar de ser una corografía, sin embargo se adivina en su autor a un escritor experto y a un rebuscador de archivos que en plena juventud, no retrocede ante obstáculos, insalvables para otros muchos.

b) De manera parecida, iniciamos el jurista vergarés Marcos Aguirreola y el que suscribe, la tarea de recoger papeles y noticias referentes a la historia de la vecina villa de Vergara, con la futura idea historiográfica. Recuerdo que para ello don Juan Allendesalazar me indicó cierta vez un libro de Ceán Bermúdez (si no yerro) en que se hablaba de la adoración de cierta piedra en nuestra villa natal. La infausta guerra civil de 1936, echó al traste ese proyecto.

c) En el prólogo, Fausto Arocena nos indica que el P. Francisco de Vitoria, el gran internacionalista, declaraba EGO SUM GAMBOA. De la misma manera un Miguel Díaz de Armendariz declaraba cierta vez ser BIAMONTES (1), según nos cuenta Enrique de Gandía en sus "Italianos en el Río de la Plata" quien lo tomó como si fuera del Piamonte de Turín. Pero aquél era un navarro BEAMONTES y consideraba en 1547 esa cualidad, casi como su definición de nacionalidad. Además, ello no sucedía en el río argentino o de la Plata, sino en la ciudad de Santa Fe de Bogotá, hoy capital colombiana (Bol. Americano de Estudios Vascos, 1951, p. 19).

No se puede olvidar en este repaso la común confusión de Oñaz con Oñate, de la que he tratado en el recién citado Boletín (1953, p. 132).

d) Merece Oñate por su Universidad (bien tratada por el Padre Franciscano Adrián Lizarralde) y por otras causas, la atención del historiógrafo. Una de ellas es su aislamiento y su soberanía condal, que se parece a la de Bidache en la Vasconia francesa (Cuzacq, págs. 14 y 16).

(1) Como si dijera, EGO SUM BIAMONTE.

e) Como sucedió con la leyenda de las hormigas en Egina, que originó para esos ciudadanos de la Morea la denostación de Mirmidones, el mote de txantxiku o rana se aplica a todo oñatiarra, procedente de la leyenda de la torre de Zumelzegi, que, sin embargo, no parece haber tenido fosas según Zumalde, en carta de 8 de Julio de 1952. Los franceses llaman a eso **battre l'étang**. Y ese hecho se atribuye a los de Ochovi en la cendea de Iza (Navarra) y al castillo de Villanañe (Álava) según José María Iribarren en BURLAS Y CHANZAS (1951, Pamplona, págs. 55 y 57).

Aunque Azkue lleva ese nombre a los sapos, sabido es que se trataba de siestas y esa es la hora de las ranas, así como las de la noche son de los sapos. Por otra parte, Lizarraga de Elkano, llama a las ranas **urapek**, o sea sapos de río (2) (EUSKERA IV, 1959, p. 122) según nos lo cuenta el Dr. A. Irigaray.

Las ranas han sido a menudo objeto de fábulas: la rana viajera, la Batracomiomaquia de Lope de Vega o sea su batalla contra los ratones, las ranas pidiendo rey por Samaniego et sic de caeteris.

Algunas particularidades de Oñate son sin duda sólo historiográficas, pero no del género histórico o verdadero, sino del legendario o etnográfico, pues sabido es que la rana es un animal muy utilizado por toda clase de leyendas. Aún ésta de Oñate tiene otros **pendants** desde Aix en Provence hasta Varsovia con su río Vistula y desde Pontoise y Luxeuil hasta la novela de Dickens "El marqués de Saint Evremont" que muy oportunamente cita el prologuista.

A pesar de ellas, tengo que decir que en la Bayrische Staatsbibliothek, en Munich, a principios de noviembre de 1959, vi en las "Sitzungsberichte der Bayrische Akademie der Wissenschaften" de 1920 (págs. 10 a 15), editado en la misma ciudad, un trabajo de Karl Borinski, muy curioso sobre esos batracios y la palabra helénica que los designa que es Friné, nombre de la célebre cortesana griega y amor de Praxiteles. El vocablo significa a la vez **pardo de nuez** que es el color bronceado que buscan ahora las suecas, alemanas e inglesas en España e Italia, tostándose los veranos (3) en el Mediterráneo para tener un hermoso contraste con su rubio cabello. Ya frenoderma en Medicina es piel de rana, por falta de vitamina A.

Strabón designaba como Frinoi o sea Pueblo de ranas (Froschvolk) a los Licios, que Ovidio en sus METAMORFOSIS convierte en ranas (III del libro IV). Strabón escribe que los Licios estaban cerca de Siria. Ello me parecía poco exacto y habiendo consultado en un mapa antiguo de A LITERARY AND HISTORICAL ATLAS OF ASIA (que constituye el número 633 de la Everyman's library) veo que se hallan ahora separadas por 340 millas. La Licia, en efecto, está un poco al Oriente de la famosa isla de Rhodas y en la costa, las provincias clásicas de Panfilia y Sicilia, la separan de Siria.

Pero hay otros autores que consideran que el vocablo Frinoi se aplicaba mejor a los Hunos. Total que con todo eso hemos logrado sacar a los oñatiarras de su poco espléndido aislamiento en el asunto de las ranas.

f) Otra implicación es la de los judíos de Guevara. Y debo decir que

(2) Así Urchippia es arroyo chico y no fuente pequeña, lo cual apenas si tiene sentido alguno.

(3) Hay vitaminas que intervienen en la fijación.

en mi trabajo publicado en la revista OÑATE (1952, 53, p. 34), falta una línea por el **o sea**, en que terminan la línea 9 y la que se han saltado. Ello hace perder mucho a la cita petersburguesa que hago allí de don Juan Valera. En efecto, entre las líneas 9 y 10, falta otra que decía así: "**Cristo ha resucitado** y se respondía: **Va istina vascrés, o sea**". Esto lo confirma Nicolai en su "Historia de las supersticiones" (I, págs. 189 y 400).

Mi cliente montenegrino Juri Radulovich me dice que por Navidad en su país y en su lengua eslava, se saludan diciendo "Christos erodias" (Cristo ha nacido) y se responde "Vre istes erodias" (En verdad ha nacido).

En la misma página 34, después de la línea 6, se podría dar la versión que me contó el Sr. Constantino Dacuras, de Olimpia en el Pelo poneso. "Allicinos o Kirios" que quiere decir "Es cierto, el Señor". No hice sino mentarla en la supradicha revista.

También Rabelais en su famosa obra (I, 172 de Sopena) cita las divyuntivas judías a que me refiero en dicho artículo.

Un curioso asunto en toponimia sería el ver si la palabra vasca Gauna y Gaona tiene algo que ver con la judía de Gaon o Gheon que pienso será judía, por haber escrito Henri Ghéon el Témoignage d'un converti, del mismo creio que vertió una obrita el P. José Markiegi, al euskera.

g) Probablemente el coetáneo de los versos era el bisabuelo del Dr. Puerto y entre ambos había —por ello mismo— dos generaciones intermedias.

Según Zumalde (revista OÑATE, 1950, pág. 53) los Hernani llegaron a Oñate hacia el año 1460 y como lo probable es que el Dr. Puerto de Hernani recogiera el relato de los judíos vasco-parlantes de su familia, ello sería otro indicio de que la acción pudo suceder después de ese año y antes de 1492. Yo calculaba en mi trabajo (pág. 33) que acaeció hacia el año 1470.

Sebastián López del Puerto estaba tullido desde 1565. Su hijo el Dr. Pedro Sáenz del Puerto de Hernani, era catedrático de Derecho de esa Universidad en 1594, y ha de ser el autor de los manuscritos utilizados por Floranes, etc., por ejemplo, éste de los judíos.

Esta Virgen fué loada y ensalzada en México por la pluma excelsa de la preclara Sor Juana Inés de la Cruz, que tan viva simpatía destella a sus lectores. Es venerada en el Perú en la ciudad de Arequipa y en la Argentina en Victoria de Entre Ríos.

Más datos vendrán en la UNIVERSIDAD DE OÑATE, obra del P. Lizaralde.

h) La etimología colinal que para el vocablo Oñate daba J. G. Guerra la acepté y la aireé en la RIEV pág. 351, en el año 1933. Por lo que allí se lee, debí anteriormente sacarla de mi minerva y publicarla en algún otro trabajo en algún diario de Bilbao, antes de conocer el texto del historiador mondragonés.

El P. Zabaleta es pues, por ahora, el tercero en publicarla.

Convendría localizar y estudiar el topónimo **Oñatibia**.

i) Cuando los de Goyerri (que hablan el guipuzcoano) llegaban allí a las ferias y mercados se decía: "Etorri dira gipuzkoarrak" por ser de verbo vizcaíno, los autóctonos del OÑATE. Esa circunstancia también se daba en Vergara y Mondragón donde había comercios llamados Kiputze-

nekoa, pues los dueños hablaban ese dialecto, como los párrocos, que lo consideraban más elegante, cuando en dichas villas todo el mundo usaba el verbo vizcaíno, así como en el valle de Léniz, en el alto Deva.

Y en ese dialecto en territorio administrativo de la provincia de Guipúzcoa, se usaba en toponimia el vizcaíno **urí** como lo he señalado en el Boletín Americano de Estudios Vascos, año 1950 pág. 162; choca que Oñate aparezca hablando guipuzcoano en el mapa de Bonaparte (Vide Caro Baroja, mapa V, frente la página 20).

j) Es tradición que a Rodrigo Balzategui se le apareció una imagen de la Virgen el año 1469 por el verano. Recién hallada por dicho pastorcillo, la vió también sobre un espino verde, un niño de 10 años al que conoció Esteban Garibay, cuando dicho testigo alcanzaba la edad de 107 años (pág. 503) o sea el año 1565; es decir, 96 años tras el hallazgo. No es lo mismo el ver a una persona divina que la percepción visual de una imagen o un icono y no nos parece obligatorio el que un pastor dirija la palabra o estos objetos de arte, salvo en momentos de fuerte tribulación.

Hay que pensar cómo se deformarían los sucesos en el precioso valle de Oñate en esa época, sobre todo aquellos que estuvieron íntimamente unidos a la fe religiosa del pueblo por la continua renovación del relato.

El P. Ignacio Omaechevarría (Amigos del País, 1956, pág. 193) en un lindo artículo, duda de que Arantzazu fuera un topónimo anterior al siglo XV. Vierte (como todos hasta ahora) por espino la primera parte que en realidad sería Elor u otros nombres parecidos. Y tomó el -zu final como abundancial o mero toponímico.

Pero se me ocurre que **araniza** es más bien el femenino espina y que se aplica a zarzal, igual que **sasi** (había que cotejar con los Aranzadi, Aranceta, etc.) y no al espino albar, cubépine, weisser Dorn, thorn o crataegus oxyacantha, como dicen los botánicos linneanos.

Mas el **zu** o **su** final en grafía muy indeterminada puede para mí ser en toponimia una de estas cuatro cosas.

- 1.º Sufijo locativo simple.
- 2.º Abundancial por cambio de -tsu-. Sagartzasu, pomarada.
- 3.º **Asu** es zarzal como lo es **sasi**. En ese caso Arantzasa-su, su correcta grafía, habría sido zarzal espinoso, lo que es casi redundante.
- 4.º **Aras** y **Arasu** es arroyo. Mendaras es arroyo de montaña, Altzolaras es arroyo de alisos, Lizarazu arroyo de fresnos y Urrestarasu podría ser arroyo de avellanos con sus paralelos flamenco de Hazebrouk y alemán de Hesselbach.

No me parece prudente injertar una tercera raíz en esos vocablos, cuando con sólo dos llegamos a su esclarecimiento por paralelismo con topónimos de otras lenguas.

k) El ms. del Padre Franciscano Urtaza (citado por Zumalde en la revista OÑATE, 1952-53 y pág. 50) enumera 9 vegetales entre cereales y hortalizas en Oñate el año 1648 o sea el de la paz de Westfalia.

Y lo curioso es que pone como distintos el maíz y la borona. Seguramente ésta era todavía el mijo, ese año en Oñate, y ya se habría introducido el maíz.

Halla en la pág. 92 en un sentido de comestible para animales, la pa-

labra **cebera** y creo que como la CIBERA del Vocabulario Navarro de Iribarren (el mejor diccionario dialectal español según Krüger) quizá proceda del latino CIBUM, alimento. Se me había ocurrido cuando leí la primera cita que sería bellota, sobre todo dada la proximidad del vocablo **ezkurbeste**, cuando **ezkur**, significa ahí bellota y en otras conexiones, olmo. Ví luego en la 305 que Zumalde la vierte como bellota.

Esta relación, puede quizá explicar una palabra extraña que aparece en el erudito y riquísimo libro del P. Legarda sobre LO VIZCAINO DE LA LITERATURA CASTELLANA. En su página 297 pone en la pluma de Luis Vélez de Guevara, el autor del Diablo cojuelo (que tanto éxito tuvo en Francia) la denostación aparente de árbol de **cibiricera**, aplicado al roble juradero de la anteiglesia de Luno, conocido universalmente como el árbol de Guernica.

Iribarren en su mentado y hermoso VOCABULARIO NAVARRO aporta la voz de CIBIRICERA aplicado a **cierta** clase de árbol, de Tudela que para nosotros sigue tras su lectura siendo muy **incierta** en especie. Pero pudiera ser que fueran los productores de bellotas comestibles para cerdos, es decir, robles y encinas.

1) La afirmación de Caro Baroja (4) de que los **Done** precediendo a nombres de santos se ubican de preferencia en zonas fronterizas (prólogo de Arocena, pág. 12) es fruto de insuficiente información y no resiste el menor análisis. Comencemos por el Pelayo. Donapaleu está al Norte de la frontera española a unos 30 kilómetros.

Luis Michelena y Ángel Irigaray (Amigos del País, 1955, pág. 419) no nos citan (5) el Eneperi de Bakio: es San Pelayo y sin duda resto del Doneperi. Está mucho más lejos que Oñate de la frontera francesa.

Hay un Donianiz o algo parecido cerca de Estella, (José M. Iribarren), una fuente termal, Donaiturri, quizá en Betelu. Dordoniz en Alava, debe ser torre santa, pues Becerro de Bengoa nos recuerda que "en Dordoniz crece la torre". Doniansu se encuentra en Muru-Astrain (De Pascuas a Ramos, p. 33).

El Dr. Luis Michelena no creía en mi afirmación de que Dineperiaga procedía de Doneperuaga que leyó en mi libro del ARTE DE TRADUCIR. No daba yo ahí la fundamentación, pues no me gusta repetir las cosas, sino en todo caso ampliarlas, corregirlas y mejorarlas. Pero lo podía haber leído en la RIEV, 1931, pág. 358. El mismo cita Peria como Pedro en tres viejos catecismos vizcaínos (EUSKERA, IV, 1959, pág. 5).

Decía yo que desde el terreno en cuestión donde luego edificara su chalet don Nicolás Viar en Deusto, derivé aquella palabra de Doneperuaga, pues estábamos cerca de su parroquia de San Pedro. Y que meses más tarde el mismo don Nicolás me dijo que don Teófilo Guiard había descubierto una escritura en que se hablaba de las torres de Doneperuaga y Luzarra, como existentes en esas proximidades.

El Dr. Michelena lo ponía en duda y por eso solicité al Padre A. E. de Mañaricua de Bilbao —ventajosamente conocido por sus trabajos de archivo y sus publicaciones— me pescudara el caso.

(4) Tomada de...

(5) Joane no sólo era viva en la época de J. A. Moguel (Michelena e Irigaray, p. 423) sino en la mía en Vergara, con Joane, el inovente de Santaletitz.

Tengo una carta aérea suya fechada el 25 de agosto de 1959, pero echada al correo en Bilbao el 8 de octubre, fecha en que yo me encontraba en Alemania, por lo que no la he leído hasta mi regreso a fines de diciembre de 1959.

En ella me dice que nada ha hallado en Guiard, pero sí en cambio en Labayru, tomo VI, pág. 171, con motivo de un registro de sepulturas que se hizo en la parroquia de San Pedro de Deusto, por la renovación de su pavimento en los años 1730 y 1731. Trata de la sepultura número 7, de la casa-torre de San Pedro, junto a la iglesia. Pertenecía a don Francisco de Landa (caballero de Santiago) por la torre de Doneperegaga. Esto está aún más lejos que Bakio de la frontera francesa, contra la tesis de Caro Baroja.

O sea que hay una variante, pues la U (que me diera don Nicolás) es en realidad una E. El servicial Padre Mañaricua halla también esos datos en Ibarra y Garmendia, "Torres de Vizcaya", II, p. 95, Madrid, año 1946. El documento original no ha sido habido.

Justo GARATE

IGNACIO AROCENA. *Oñacinos y gamboínos. Introducción al estudio de la guerra de bandos*. Colección Ipar, 19. Editorial Gómez. Pamplona, 1959.

Aunque tarde, no quiero dejar de señalar a nuestros lectores la aparición de este libro, importante dentro de su modestia y destinado a prestar un gran servicio a quienes, como me sucede a mí, están lejos de ser especialistas en la historia de nuestra Edad Media.

Lo mucho que se ha escrito acerca de las luchas de banderizos en nuestro país es en su gran mayoría más adecuado para anegar al lector corriente en una masa caótica de incidentes sin sentido que para facilitarle un atisbo de la realidad social de que tantas escaramuzas han sido indicio y consecuencia.

Ahora, gracias a Ignacio Arocena, disponemos de una introducción clara, grata y sin embargo segura a ese turbulento periodo de nuestro pasado. La narración, como corresponde a una obra de vulgarización, es siempre ágil y precisa y no le faltan aquí y allí algunos granos de ironía. Pero no se hacen concesiones a la novela histórica o a la historia novelada. Si el autor —ateniéndose a lo esencial— no ha creído oportuno abrumar al lector con referencias minuciosas a la documentación en que ha basado su exposición, la presencia tácita de una copiosa base documental es sensible en cada uno de los pasajes.

Si a esto se une un empeño evidente de bucear más allá de las apariencias (véanse, por ejemplo, los capítulos titulados "Los parientes mayores: sus rentas" y "Los parientes mayores: sus hombres"), se comprende que todos deseemos que este libro no sea en realidad, como dice don Fausto Arocena en el prólogo, más que "avance... de ulteriores estudios". Y no hay ninguna razón para que esta promesa se pierda en el vago limbo de las buenas intenciones que nunca llegaron a realizarse.

El único aspecto del libro que se presta algo a la crítica es probablemente su orientación marcadamente guipuzcoana por la cual los sucesos de otras regiones aparecen un poco como marginales. Es posible que esta

limitación voluntaria se base en el carácter de la documentación de que disponía el autor y es posible también, porque no tengo autoridad alguna en la materia, que esté fundada en la misma naturaleza de los hechos.

El autor hace una afirmación muy interesante en la p. 105: "Lo que sí es curioso de verdad es que la hermandad, en sus alianzas ocasionales con los bandos, aparezca siempre, o casi siempre, al lado de la bandería gamboína y en contra de la ñacina". Una excepción a la regla es el caso de Sancho García de Garibay, señor de la torre de Garibay y criado de Pero Vélez de Guevara, a que se refieren los fragmentos de Sandailli recogidos por Floranes.

A propósito de la nota sobre **banir, banido** en la p. 36, acaso tenga interés apuntar que la palabra se ha conservado en vascuence en forma arcaica (**ba(h)itu**) con valores muy curiosos ("empeñar un objeto", "apoderarse de ganado ajeno hasta comparecer el dueño y resarcirse de daños", "apresar"), como señalamos en otro lugar (1). Se decía allí que **banimendadu** "desterrado, proscrito" en las escrituras de Andramendi, de aspecto más que reciente, estaba derivado de un **banimendu** "destierro, proscripción", que a falta de testimonios marcamos con un asterisco. Este puede ser suprimido ahora, ya que **banimendu** ocurre en Leizarraga, Aii v.º: "Halaber... gommendatzen drauzquiagu hic crutzez eta tribulacionez visitatzen eta gaztigatzen dituan guciac: hic icurriz, edo guerlaz, edo gossetez affligitzen dituan populuac: persona paubreciaz, edo presondeguiz, edo eritassunez, edo bannimenduz... hunquiac edo tribulatuac".

Se trata, en resumen, de un libro que puede recomendarse sin reparos tanto a los iniciados como a los profanos.

L. M.

EMILIANO DE ARRIAGA. Lexicón bilbaíno. 2.ª edición aumentada. Madrid, Ediciones Minotauro, 1960.

La Editorial Minotauro ha tenido la feliz idea de reeditar, en un momento muy adecuado para que este libro sea entre nosotros más consultado que en los últimos años, el justamente famoso **Lexicón etimológico, naturalista y popular del bilbaíno neto** de Emiliano de Arriaga, que vio la luz por primera vez en 1896. No es además una mera reimpresión, porque para la nueva edición se ha podido utilizar el manuscrito preparado con bastantes adiciones por el mismo autor y que la muerte le impidió publicar. Lo único que ha quedado abreviado y reducido a las proporciones más usuales en el día de hoy ha sido el título.

El **Lexicón** de Arriaga no es sólo un documento envuelto en un agradable olor de época, que puede despertar y avivar las añoranzas de muchos buenos bilbaínos. Para los que no nacimos allí y vemos las cosas sin velos de nostalgia, es también un testimonio de primer orden acerca del secular bilingüismo bilbaíno, bilingüismo en el que las lenguas en contacto tuvieron según los tiempos papeles de importancia muy variable. De un estudio muy diferente del mismo nos informó ya en el siglo XVII el doctor Rafael de Micoleta.

El libro de Arriaga debe tomarse como lo que es: como la obra de un aficionado cuyas etimologías son a menudo muy discutibles, por no decir

(1) **BRSVAP** 9, 482 y 10, 187.

otra cosa. Esto no debe extrañarnos cuando vemos que las etimologías propuestas por los profesionales tienen tantas veces que ser manejadas con las mayores precauciones. Tenía, es cierto, la pequeña debilidad, basada en hondas razones sentimentales, de explicar lo romance por lo vasco, como otros la tuvieron y la tienen de explicar lo vasco por lo romance. Es difícil situarse en el justo punto medio, que además suele ser aquel en que el crítico se ve colocado a sí mismo.

Este libro, al reaparecer hoy, se alinea junto a las obras recientes de José María Iribarren y de Gerardo López de Guereñu, sin que por ello tengamos que olvidarnos de los trabajos anteriores de Baraibar para Alava, cuya reedición ampliada tiene la obligación de ofrecernos Odón de Apraiz. Aun prescindiendo del interés general de las cuestiones relacionadas con el contacto de lenguas, que en ningún campo se pueden estudiar con más facilidad que en el del vocabulario, hay que tener presente que el conocimiento de la historia de la lengua vasca sólo progresará en muchos aspectos en la medida en que consigamos romper el aislamiento artificial en que hoy se encuentra su estudio, por culpas propias y ajenas. Miremos por lo menos con atención, para empezar, a las zonas marginales y fronterizas, como la bilbaína que nos describe, con tanta precisión como cariño, Emiliano de Arriaga.

L. M.

E. ITURBIDE. *Antoñita Bandrés Elósegui, Religiosa de Hijas de Jesús*. Pamplona, 1960.

Se refiere esta biografía, que quisiéramos ver transformada prontamente en hagiografía, a la que en vida se llamó Antoñita Bandrés y Elósegui y fue religiosa tolosana vinculada a familias muy conocidas y estimadas entre nosotros.

Su vida fue trabajada por la virtud, lo cual quiere decir torturada por el dolor y visitada por la Gracia que le hacía superar ese dolor. Víctima al parecer del mayor de los sacrificios: el de la oblación generosa de su vida por la conversión de uno de sus deudos.

Aunque no se frecuentan en los caminos de su existencia manifestaciones sobrenaturales sorprendentes, no por eso deja de tomar la Gracia ostensiblemente su puesto en algunos episodios, tales como el de la Comunión, humanamente disparatada, de su hermana Natalia, en la que cupo a Antoñita la insospechada función de ministrante. Tiene el tal episodio sabor de florecilla franciscana.

Otra particularidad impresionante de su vida muy decorosamente explanada por su autor, es la que se refiere a la inquietud que produjo el caso en mentalidades tan poco propicias a ese género de sugerencias, como fueron y alguno de ellos es, Miguel de Unamuno, Indalecio Prieto y Marcelino Domingo, cuyas huellas orales o escritas se descubren en las páginas de esta gratísima biografía. Todos ellos se sitúan alrededor de Filiberto Villalobos, ejemplar médico de cuerpos que puso su ciencia y su abnegación al servicio de una enferma que en justa correspondencia le ganó el corazón desde el primer momento. Tan impresionado quedó Villalobos por los carismas que rezumaban de la doliente monjita, que no tuvo inconveniente en hacer constar que "en recuerdo de aquella criatura angelical y por la promesa que me hizo al morir, las Cortes de España

son testigo de mi voto en contra de la disolución (de la Compañía de Jesús)".

De todo eso podríamos sacar en consecuencia que muchas más almas se conquistan con miel que con hiel.

F. A.

CHARLES MOELLER. *Literatura del siglo XX y Cristianismo*. IV Tomo. *La Esperanza en Dios Nuestro Padre*.—Ana Frank—UNAMUNO — Ch. du Bos — G. Marcel — Hochwälder — Péguy. Versión española de Valentín García Yebra. Editorial Gredos. Madrid.

La crítica del IV tomo de la obra del canónigo belga Moeller, subtitulada esta vez "La Esperanza en Dios Nuestro Padre", se justifica perfectamente en las páginas de nuestro BOLETIN. Porque Moeller estudia a Ana Frank, Charles du Bos, Gabriel Marcel, Hochwälder, Péguy, pero también dedica un amplio espacio a nuestro Miguel de Unamuno. Ocupa éste el segundo lugar entre los seis personajes, a continuación de Ana Frank, la jovencita judía que, en cierto modo, personifica en la literatura mundial el drama de los judíos perseguidos a muerte por los nazis alemanes.

Holanda, España, Francia y Austria están por lo tanto representadas en ese tomo de Moeller. Este precisa que su estudio acerca de Unamuno y la esperanza desesperada se limita al período 1864-1893, aunque manifiesta asimismo que utiliza datos del período ulterior del escritor vasco. Por su parte el traductor precisa acertadamente el sentido que tienen en su versión los términos **espoir** y **espérance**, puesto que en español no existe tal duplicidad de términos, ya que la palabra **espera** utilizada por Lain Entralgo en su excelente estudio "**La espera y la esperanza**", no corresponde ni a "**espoir**" ni a "**espérance**", sino como observa el propio Moeller a "**attente**". Por eso, para mayor precisión, el traductor añade los adjetivos **humana** para **espoir** y **teologal** o **cristiana** para **espérance**.

Conocí a Moeller en ocasión de las últimas Conversaciones Internacionales Católicas de San Sebastián. Conservo el recuerdo de su entusiasmo ante el espectáculo del alarde de Fuenterrabía y también de una charla en el Parador del Jaizquibel, enfrente del estuario de Bidasoa, en medio de un grupo donde el famoso crítico belga destacaba por su estatura. Moeller nos decía su propósito de completar su iniciado estudio acerca de la figura de Unamuno para añadirlo a la serie de sus personajes literarios. Un estudio que **Vita e Pensiero**, órgano de la Universidad Católica de Milán, escribe que "representa la primera tentativa de una literatura teológica".

Realmente, a la lectura del capítulo "Miguel de Unamuno y la Esperanza desesperada", resalta la capacidad del escritor belga de captar en la obra de sus personajes aquellas circunstancias de la obra de éstos que más sirven para caracterizarlos y caracterizar su pensamiento. Un acierto la brevísima impresión literaria de su llegada a Bilbao, para tomar el primer contacto sentimental con Unamuno, al atardecer de un sábado de junio, charolados muelles y calles por el pertinaz sirimiri. A Moeller, los peatones bilbaínos numerosos y atareados le parecen silenciosos.

Pero sorprende sobre todo la facilidad de Moeller para construir ceñidamente una figura biográfica extrayéndola de los propios textos del biografiado y encuadrándolo además perfectamente en el ambiente que en cada momento le corresponde. Existe una estrecha correlación entre lo que Moeller hace decir a Unamuno con el momento y sitio de estas manifestaciones. Moeller, además, confronta a Unamuno con frecuencia utilizando la preciosa experiencia adquirida en su empeño crítico de las más elevadas cumbres de la literatura moderna.

Por ejemplo, a propósito de las primeras crisis religiosas de Unamuno, el crítico belga recuerda sus consideraciones a propósito de **Jean Barois**, de Martin du Gard, y subraya hasta qué punto la obsesión de la predestinación, la angustia de la muerte eterna por un solo pecado, la tortura de no alcanzar una absoluta perfección moral, produce a veces una especie de hemiplejía psicológica. Moeller al observar la excesiva frecuencia de este grave accidente se cree obligado a insistir sobre la necesidad de una pedagogía sobrenatural más ilustrada, porque ni el angelismo ni la rigidez estoica tienen nada que ver con el dogma cristiano.

Moeller se inclina, caritativo, a excusar los errores de Unamuno que, a fuerza de interrogarse y de racionalizar su fe, la vió volatilizarse. Por culpa de la época seguramente, nadie enseñó a Unamuno a descubrir el sentido inteligible de los dogmas, salvaguardando al propio tiempo su carácter de signos sagrados, que conducen al espíritu hasta la realidad significada, la persona viva de Jesucristo, que se revela y se comunica en y por la Iglesia.

Una lucidez implacable —atravesada sin embargo por la más delicada caridad— preside el estudio de la complicada evolución ideológica de Unamuno realizado por Moeller, el cual, rinde emocionado homenaje a la intachable vida familiar del —como él le llama— "gran europeo".

Y la caridad de Moeller se va haciendo cada vez más delicada según se va acercando al fin de una existencia que fue un perpetuo y trágico conflicto entre una razón que decía **no** y un corazón que quería decir **sí**, porque, además, las raíces de la infancia que enlazan estrechamente con las postreras palpitaciones de la evolución vital, agravan en Unamuno los problemas fundamentales en lugar de contribuir a resolverlos.

Para Moeller, el pensador vizcaíno está encuadrado en la familia espiritual de Calvino-Jansenio. Pero el drama interior de Unamuno es complicadísimo, pues siempre se ve a sí mismo representando un papel. "Unamuno huía de su mundo interior porque temía encontrar allí el mismo juego de reflejos que le ofrecían las miradas del público; se veía constantemente representando una comedia; una especie de galería de cristales se le mostraba en el fondo de su alma cuando se volvía hacia ella: allí no veía más que su propia sombra, incesantemente reproducida en un juego de espejos, reflejada jugando al escondite detrás de los bastidores de su teatro de marionetas".

Hay que repetir que la crítica de Moeller, inspirada —insisto— en normas de perfecta caridad intelectual, significa sin embargo una disección implacable de la evolución unamuniana. No tiene pérdida el estudio de la "conversión" a la inversa de Unamuno: una "conversión" que, para Moeller, no fué un **partus vitae**, sino un **partus mortis**.